

A NUESTRO QUERIDO HIJO ANDRÉ POISSON

MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS CARTUJOS

PABLO, PAPA VI

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

"OPTIMAM PARTEM"

La mejor parte (Cfr. *Luc.* 10,41), se dice con razón, ha sido elegida por quienes, apartados de la corriente de los asuntos mundanos, en la soledad de cuerpo y alma, sirven a Dios, a quien se han consagrado totalmente. Habiéndose liberado de los impedimentos que, en medio del mundo, obstaculizan al alma en la contemplación de las verdades divinas, más fácilmente realizan lo que es propio del monje como magníficamente lo describió san Teodoro Saudita: *"Es verdadero monje quien no mira más que a Dios, sólo a Dios desea, se consagra a solo Dios, se esfuerza por honrarle plenamente y, estando él en paz con Dios, viene a ser también una fuente de paz para los demás hombres"* (*Parva catechesis*, ed, E. Au-vray, París 1891, pp. 141-142). Es, en efecto, una forma de vida privilegiada, que anticipa en cierto modo, aquí en la tierra, la vida de los ciudadanos de la patria celestial. A aquellos, pues, que gozan de esta vocación solitaria, se les puede aplicar especialmente lo que san Agustín dijo de las personas que viven en continencia; *"Mucho mejor es vuestra condición, puesto que empezáis a ser antes de la muerte, lo que serán los demás después de la resurrección"*. (*Sermón* 132,3. P.L. 38,736)

No debe creerse, sin embargo, que los habitantes del yermo se muestren extraños al Cuerpo de la Iglesia y a la sociedad humana. Como claramente lo ha afirmado el Concilio Vaticano II, *"la vida contemplativa pertenece a la plenitud de la presencia de la Iglesia"* (Cfr. *Decr. Ad gentes divinitus*, 181; cfr. también *Instr. Venite seorsum*, AAS., LXI, 1969, pp. 680 s.) y quienes la abrazan *"mueven con su ejemplo al pueblo de Dios y lo hacen crecer por una secreta fecundidad apostólica"* (*Decr. Perfectae caritatis*, 7).

Esta vida, separada del mundo y unida a Dios, que la Orden Cartujana ha recibido como una herencia de sus Fundadores, por un raro ejemplo, la ha conservado, intacta y sin disminución a través de los siglos, lo que es ciertamente digno de gran alabanza y recomendación. A toda la Iglesia le interesa que siga en vigor, o sea que los cartujos, solícitos en tributar a Dios el honor debido, no cesen de consagrar todas sus fuerzas para adorarle. Con un tal culto, sincero e indiviso, no solamente aporta esta Orden al pueblo cristiano una ayuda insigne y manifiesta, sino que es también de gran provecho para todos los hombres, pues todos están en busca del camino de la vida y todos necesitan la gracia divina. La contemplación, en efecto, y la oración constante deben ser estimadas como funciones primordiales que aprovechan a todo el mundo (*Cfr. Conc. Vat. II; Decr. Perfectae caritatis, 95; Ad gentes divinitus, 40*).

Esta atención a Dios, tan inmediata y continua, cuanto lo permite la condición humana, asocia a estos mismos monjes de un modo muy particular con la Santísima Virgen María, a la que invocan como Madre singular de los cartujos.

Nos alegramos de poder testimoniar nuestro paternal afecto y nuestra alta estima hacia esta Familia religiosa, que, como nos han dicho, celebrará próximamente un Capítulo General especial, que, en las actuales circunstancias, tendrá excepcional importancia, pues se trata de la revisión de las leyes de la Orden. Deseamos, pues, por medio de esta Carta, expresar algunas ideas sobre lo que la Iglesia espera de los cartujos, y que creemos serán útiles para que sea bien dirigido el trabajo que va a acometer dicho Capítulo.

Vuestra Orden, como todos saben, comprende a monjes de coro y a hermanos, conversos o donados, unidos entre sí por lazos fraternales, por mutuo respeto y por el común ideal de servir a Dios y de unirse a Él. En vuestras leyes, sobre las que ahora trabajáis, conviene que se exprese claramente cómo todos participáis de un mismo patrimonio espiritual, puesto que la vocación monástica puede plenamente realizarse tanto por los sacerdotes como por los conversos o donados.

En la Orden Cartujana, casi desde sus comienzos, los monjes de coro o son sacerdotes o se preparan a recibir las órdenes sagradas. Hoy día algunos ponen en duda la conveniencia de conferir el sacerdocio a los cenobitas o a los ermitaños que nunca han de ejercer el sagrado ministerio. Tal opinión, sin embargo, como ya lo hemos dicho otras veces (*Cfr. AAS., LVIII, 1966, p. 1181*) carece de fundamento sólido. Muchos santos y numerosos religiosos han unido la vida monástica, incluso eremítica, con el sacerdocio, pues veían claramente la mutua conveniencia de ambas consagraciones, la del sacerdote y la del monje. Ciertamente, la soledad que permite dedicarse sólo a Dios, el despojo absoluto de los bienes de este mundo, la abnegación de la propia voluntad, en las que se

ejercitan los que se han encerrado en un monasterio, preparan de modo especial al alma del sacerdote para ofrecer piadosa y fervorosamente el sacrificio eucarístico, que es *"la fuente y cima de toda la vida cristiana"* (Conc. Vat, II, Const. *Lumen gentium*, 11). Además, cuando al sacerdocio se une la plena donación de sí mismo por la que se consagra a Dios el religioso, éste queda configurado de un modo peculiar con Cristo, que es al mismo tiempo sacerdote y hostia.

El Concilio Vaticano II, cuando trata expresamente de los sacerdotes y de sus funciones, declara con razón que entre éstas se incluye el servicio del pueblo de Dios. Pero vosotros ejercéis este servicio celebrando el Sacrificio eucarístico que ofrecéis cada día, lo celebráis casi siempre en vuestros oratorios eremíticos, o sea en piadosos y apartados lugares, donde el alma del monje, fija en las cosas de arriba, se deja invadir más fácilmente por el Espíritu de amor y de luz. La vocación cartujana, si se sigue fielmente, permite así a cada uno de los monjes celebrantes apropiarse plenamente la intención universal propia del sacrificio eucarístico, El Concilio Vaticano ha declarado con términos llenos de significado esta plenitud de caridad eucarística: *"En el misterio del Sacrificio Eucarístico, en el que principalmente cumplen los sacerdotes su oficio, se cumple sin cesar la obra de nuestra redención, y por eso se les recomienda vivamente que lo ofrezcan cada día, pues, incluso si no es posible la asistencia de los fieles, es siempre un acto de Cristo y de la Iglesia"* (Decr. *Presbyterorum ordinis*, 13),

Vuestro Capítulo General velará, sin duda alguna, para que se conserve religiosamente el espíritu de vuestros Fundadores, y así se mantenga siempre viva la atención que por motivos espirituales, habéis conservado a través de los siglos hacia los Estatutos de vuestra Orden. Guiados por tal intención, creéis que ciertos puntos de vuestras Reglas deben ser expresados ahora de una manera más clara y en un estilo más atrayente para sus lectores. Una justa valoración de las actuales condiciones físicas y psíquicas os hará suprimir ciertas cosas que ya están anticuadas. Al mismo tiempo, haréis bien en restaurar ciertas costumbres antiguas cuando, por los cambios que más tarde sufrieron, quedó disminuida su eficacia o alterado su verdadero sentido.

Todo esto concierne especialmente a vuestra liturgia. Siguiendo las normas de la Sede Apostólica en esta materia, intentáis devolver al rito de la Misa su antigua simplicidad, y destacar más en el ciclo litúrgico lo propio del tiempo, así como también trabajáis en enriquecer vuestro leccionario.

Dispuestos a recibir fielmente las directrices de la Sede Apostólica, podéis contar también con su benevolencia en esta materia. La Santa Sede no ignora que los monjes solitarios necesitan una liturgia adaptada a su género de vida, en la que prepondere la parte interior del culto y la consideración del misterio, alimentada por una fe viva. Los ermitaños participan en las celebraciones

litúrgicas del pueblo de Dios por una comunión más bien espiritual, que lleve también consigo cierta participación activa, aunque sea menos manifiesta su parte exterior y visible. De esta forma, vuestra vocación ha ido formando poco a poco una liturgia peculiar que, por ser conforme a vuestra vida contemplativa y solitaria, tratáis de conservar. La Iglesia no reprueba cierto pluralismo en las manifestaciones del sentimiento religioso y en las formas del culto divino, pues las diversas maneras de acercarse a Dios y de honrarle así lo aconsejan. Favorece por tanto las sanas tradiciones monásticas que, fielmente guardadas, contribuyen no poco a acrecentar la fe y el fervor espiritual de donde nacieron.

Tales son los pensamientos que queríamos expresaros con profundo afecto, a ti y a toda la Orden Cartujana, que Nos es tan querida, en vísperas de vuestro Capítulo General especial. Rogamos instantemente al Padre de la luz que asista propicio a todos los que van a participar en esa reunión, a fin de que contribuya eficazmente al mayor provecho de esta Familia religiosa, y que sus decisiones sean recibidas con espíritu de obediencia y de paz.

Tales deseos sean confirmados con la Bendición Apostólica que gustosamente otorgamos a ti, querido hijo, y a todos los religiosos confiados a tu gobierno.

Dado en Roma, en San Pedro, el 18 de abril del año 1971, octavo de Nuestro Pontificado.

Pablo, Papa, VI